



Seix Barral

Angélica Gorodischer

Las jubeas en flor

Prólogo de Valeria Tentoni





Seix Barral

Angélica Gorodischer

Las jubeas en flor

Prólogo de Valeria Tentoni

LOS SARGAZOS

*...ciento trece lirios congelados, piedras sin desbastar,
los pájaros que roban la semilla en el surco,
una cantidad imposible de determinar de granos de sal,
criaturas cubiertas de piel,
espinas, algas, narcisos, pavañas,
los escudos sobre los que
vuelven los guerreros muertos a sus hogares,
lunas gemelas, catedrales de piedra roja y simas...*

Corresponde esta enumeración a algunas líneas de un poema escrito por Teo Kaner. No es un poema muy bueno: ni siquiera responde aproximadamente a lo que él intentaba decir. Pero es que nunca sería un poeta aunque supiera tanto de poesía, de cierta poesía. Era un hombre cansado: había abandonado, momentáneamente, esperaba, su trabajo, y se preguntaba qué haría. Como era poseedor de una barba que acababa de nacer, de una máquina de escribir, de una escopeta y de cuatro mil quince libros, decidió, como primera medida, alquilar una casa en el campo. Quizás, en alguna noche de amigos, había dicho de sí mismo que tenía un alma-espejo, que él en realidad no era nadie, que sus recuerdos eran ajenos y sus estados de ánimo eran producto del robo y el fraude, y así por el estilo. Pero no debe tomárselo muy en serio (era, en suma, un erudito cómodamente nostálgico), y por otra parte los amigos, buenos amigos, no lo escuchaban: organizaban

en ese momento lo que dirían cuando él terminara de hablar. Le gustaba pensar de sí mismo que era un descreído, y lo era, no siempre. Minucioso, indudablemente: respetaba el orden en todas sus formas. Hacía listas de las cosas que tenía que hacer, y después las olvidaba. Pero alguna de esas cosas, muchas veces, permanecía y lo importunaba durante días hasta que se veía obligado a cumplirla con un fastidio condescendiente, de manera de no sentirse culpable. Sentía cierta desconfianza hacia las mujeres, y se acostaba distraídamente con una muchacha que había sido alumna suya, y a veces con alguna otra, después de una reunión de seminario, de un panel (le turbaba especialmente encontrarlas agresivas, ah las diosas cotidianas de la polémica; pero lo irritaba descubrirlas a la mañana siguiente domésticas y solícitas). Lo único que lo absorbía y lo entusiasmaba era su trabajo, y a pesar de eso pensaba que hubiera podido ser un ebanista competente, o un miniaturista. Un miniaturista: idilios, paisajes evanescentes, caras femeninas mofletudas y empolvadas, camafeos. Amaba a Van Eyck y al Lorenés y pensaba que alguien debería escribir alguna vez, o habría escrito y él lo buscaba, un libro que fuera el resumen, no solo descrito sino que lo fuera como objeto, del mundo, tomado desde el Ojo de Dios o desde La Encrucijada del Tiempo.

—En primer lugar, nada de todo eso es completamente cierto, aunque el poema, sí, es malo. En segundo lugar, no alquilé la casa porque estuviera cansado o porque todo, salvo mi trabajo, concedo, me fuera estúpidamente indiferente, sino porque me resultaba insostenible tener que seguir viviendo en la misma ciudad que Virginia, imposibilitado de olvidar que hay teléfonos,

automóviles, maneras de llegar y tocar el timbre. Hubiera preferido jugar a la ruleta, tener una úlcera de estómago, emborracharme todas las noches, meterme en política, todo menos pasar otro invierno como ese. Veamos, dije: irse. No era una solución muy original. Tampoco era una solución. Y no es de hombre eso de salir escapando, pero no me importaba. Pedí licencia y busqué una casa en el campo. Hablé con un tipo untuoso e infame que me trataba de doctor y revolvía papeles en una oficina árida y llena de luces, con cristales esmerilados. Odiaba los ruidos además, y había adquirido cierta práctica para sufrir; estaba entrenado, cultivaba mis tormentos sabiendo que lo hacía, acariciándolos para que crecieran, detonándolos cuando se adormecían, pero sin buen humor. Quería estar solo, en una palabra, y cartearme con el doctor Wen y salir a cazar por la mañana temprano, sin remordimientos, sin recuerdos vergonzosos de la noche anterior, sin la culpa de lo que debería haber dicho y no, de lo que no debería haber dicho, del gesto que lo había estropeado todo.

¿La casa? Construida por un inglés loco cuarenta años atrás, rodeada de árboles viejos, no demasiado lejos del río, no demasiado cerca del pueblo, gris, veleta, techos inclinados de chapa roja, persianas y chimeneas. El inglés se había suicidado apoyando el caño del revólver contra el paladar: lo habían encontrado una semana después, con los pies metidos en el río y la cara contra la tierra; al moverlo, un sapo había salido saltando del bolsillo del saco. El revólver estaba oxidado, era en otoño, y la familia se había vuelto a Birmingham.

La cerradura de la puerta del frente no era muy segura, pero no había radio ni teléfono, el motor de la elec-

tricidad funcionaba, los muebles le convenían, había una heladera y estantes vacíos para libros. En el jardín encontró un jaulón de cemento decorado imitando troncos, con el alambre roto, y una glorieta con bancos semicirculares de piedra. La casa tenía planta baja y un piso, y él pensaba ocupar solamente una pieza de abajo para trabajar, y uno de los dormitorios de arriba, el que daba al norte. Se llevó la escopeta, la máquina de escribir, una tijera, la barba, ropa, algunos libros, papel, una lata de café y el cepillo de dientes.

—Hay una mujer que podría venir a hacerle la limpieza.

Pero dijo que no. Esa noche se acostó sin comer. Al día siguiente fue al pueblo y cargó en el auto latas, jabón, una escoba, papel higiénico, azúcar, más café y un diario que no leyó. También pomada para lustrar zapatos, un hacha y una gamuza para la escopeta.

—El nombre de Virginia y las miniaturas que yo haría de su cara y de sus manos sosteniendo el abanico. Consideraba seriamente que algo había progresado: ya no me acordaba de ella más que de noche. La casa no se me resistió: era fría pero estaba bien dispuesta hacia mí, no tenía prejuicios ni anteriores experiencias traumáticas. La recorría con comodidad y nos llevamos bien desde el primer momento. Decidió que no me ocultaría nada, y yo le correspondí con gusto: cantaba cuando me bañaba y hablaba solo mientras bajaba la escalera acariciándole el pasamanos. El dormitorio, y el escritorio que debió haber sido la sala de estar diario pero que aceptó enseguida su nuevo papel, eran las habitaciones más cálidas. La cocina era amplia y maternal. El dormitorio de atrás, en cambio,

no era exactamente eso, aunque figuraba así en los inventarios del hombre esmerilado: era un salón grande, al que se llegaba solamente desde la antecámara, abriendo unas puertas dobles.

Ahora, la historia de un hombre que encuentra el universo en una habitación de su casa no puede contarse fácilmente. Hay que acercarse y alejarse por vías más o menos indirectas, más o menos oblicuas, o de otra manera optar por no contarla. De modo que sería conveniente decir, antes de ir más adelante, que Teo Kaner se dedicó durante unos días a cambiar los muebles de lugar, poner la cama contra la pared para poder darse vuelta de noche y sentirse (nada tiene que ver el hecho de que lo hiciera dormido o no) encerrado y en cierto modo seguro, de cara al empapelado marrón claro, a girar con la mesa del escritorio de abajo buscando la luz de la izquierda pero no totalmente de la izquierda sino también un poco desde atrás de modo de no tener esa luz de frente a ciertas horas, a sacar los libros y ordenarlos, a cortar leña para las chimeneas, a ir al pueblo en busca de algo que necesitara. Una mañana llegó un hombre que vivía por allí cerca a ofertarle huevos y miel. Otra mañana llegó el comisario en un Ford negro.

—Había estado cortando ramas gruesas para leña. Pero en ese momento estaba dentro de la casa buscando alcohol, en alguna parte tenía una botella de alcohol y como todavía no estaba del todo organizado no me podía acordar dónde la había puesto, porque me había hecho un tajo en la mano izquierda. Había dejado la puerta abierta y cuando bajé estaba ahí, contra la luz. Me dijo que era el comisario y que quería hablar conmigo. ¿Sabe Su Majes-

tad, pensé, lo que hacen Sus comisarios en las fronteras de Su reino?, y cabezas cortadas sangrando sobre el polvo de caminos amarillos entre los granados y los alaridos. Lo invité a pasar y le ofrecí café; entró pero no quiso tomar nada. Estaba muy serio, y también apurado: se trataba de los gitanos.

—¿Los gitanos? —dije.

—Los atorrantes esos —precisó.

Empiezo a encanecer, y sin embargo mi infancia y mi adolescencia me parecen todavía tan cercanas, no cumplidas del todo. Aquí, vestirme como un caballero rural en domingo, inventar horarios, ¿por qué no campos de brezo?, me divertía: ser otro. El comisario estaba incómodo: se había encontrado con que yo no encajaba de ningún modo en su mundo estricto, pero él también me trataba de doctor. Su Majestad no tiene por qué descender a esas cosas; la corrupción, por ejemplo, debe castigarse, no hay duda. Y la ambigüedad también, preventivamente. Con la sangre en los caminos y eventualmente en los umbrales de las casas. Lo que sucedía era que una tribu de gitanos se había desencadenado sobre el pueblo.

—Ya se sabe lo que son; ladrones. Hay que andar con cuidado porque pueden ser peligrosos.

Dije que sí.

En resumen: ¿autorizaba yo a que acamparan en los límites de la propiedad (en lo que, venía a enterarme, se llamaba el descampado de Tala)? También dije que sí, aclarando que no estaba seguro de estar autorizado para autorizar.

Parece que no debía haber dicho ninguna de las dos cosas, sobre todo que sí. El comisario reprobaba. Eso me

decidió a inclinarme por todos los gitanos de todas las tribus de gitanos del mundo.

—Le aconsejo que no los deje entrar, doctor, no los deje pasar el cerco ni los alambrados.

El comisario conocía bien los predios del inglés.

—Vaya a saber si no son capaces de asaltarlo o cualquier cosa, y usted está muy aislado acá.

Cualquier cosa, eso era mi asesinato. Casa trágica la del inglés, dirían. Hasta era posible que la demolieran. No, no la demolerían: nadie enfrentaría un gasto inicuo para terminar con una conseja oscura que iría creciendo y enriqueciéndose y enriqueciendo a los que la contarán. Y siempre es más digno, también para una casa, morir de viejo y no a golpes, sea entre árboles de granada, sea entre eucaliptus.

Le dije más, nos dijimos no sé qué, el tiempo, los caminos, y lo acompañé hasta el Ford. Me prometí armarlo hasta la tribu de los gitanos pero no fui nunca. Había encontrado el alcohol y me había desinfectado el tajo de la mano izquierda. El Ford se perdió de vista más allá de la curva. Seguí apilando leña.

Después de almorzar entró en el dormitorio del fondo. La pared frente a la puerta era curva y tenía un enorme ventanal ovalado. El sol estaba del otro lado ya de la casa y se quedó mirando la luz opaca. Era una habitación grande, vacía, un rectángulo con uno de los lados largos curvo, preñada de silencio, de frío y de sabiduría. No solo no supo entonces, sino que no sintió miedo ni felicidad: se limitó a flotar sin asombrarse, respirando mucho más lentamente que de costumbre, con un pulso mínimo y agujas clavadas en la cara, sin peso, entre ruedas de gas

y polvo. La luz de las estrellas muertas hacía cinco mil millones de años, entre otras cosas, y a pesar de los techos altos y los zócalos y los respiraderos que seguían estando allí. Era un espacio íntimo aunque fuera desmesurado, intimidad y desmesura, y seguía siendo la habitación en la que él seguía estando a pesar de haberse deslizado hacia el infinito. Su cuerpo era contenido por el universo al que su cuerpo contenía mientras la habitación los abarcaba a los dos y su cuerpo abarcaba la habitación y el universo más la habitación que era el universo y el universo les daba cabida a él y a la habitación y todo crecía o se alejaba, o se alejaba porque crecía. Sus manos-universo estaban inconmensurablemente lejos de su cabeza-habitación y no hubiera podido ver sus pies-ventana aun si hubiera podido moverse al descompás del espacio. Los soles monstruosos, el estallido antes del final, el nacimiento, el apogeo y la caída de los gigantes, todo eso lo formaba y lo mecía mientras el mosaico palpitaba y cada nueva forma era tan perfecta como la anterior y en todas brillaban los incontables temas que parecen adquirir existencia y pertenencia solamente cuando se los nombra: era sin duda que ya estaba escrito el libro desde el gran Ojo o que se reescribía eternamente todo él desde el principio al final en un solo instante, tal vez con palabras cada una de las cuales era un mundo, cosa que solo podían saber los Escribas. La luz que entraba por el ventanal ovalado se fue apagando y pudo pensar: en alguna parte, el tiempo existe. Era de noche estrictamente en los predios del inglés y sus alrededores cuando dio vueltas en el espacio y se agarró a las fallebas de las puertas dobles. Salió a la antecámara y se sentó en el suelo, la espalda contra la

pared, y pensó en Virginia. Mañana, dijo, o no dijo, los gitanos, ojalá no llueva porque la leña ha quedado afuera, cazaría una liebre, compraría huevos en lo de su vecino, mañana a la mañana. Cortó queso blando que extendió sobre rebanadas de pan negro, abrió una lata de salchichas y tomó dos tazas de café. Sí, en Hangtcheou, los maestros contadores que se sentaban en las vastas salas y desgranaban houa-pen y siao-chouo guardaban quizás el secreto en sus mangas, sabían historias bárbaras que aun siendo solamente un cuento eran algo más y podían inscribirse o se habían escrito en el libro, en las que zorros y fantasmas hablaban a los hombres y siempre había una gran pregunta y las mujeres lloraban y los dioses ofendidos se enfurecían o se aplacaban y repartían oro y entonces las flores se convertían en joyas frágiles mientras en el mundo los hombres aprendían a comerciar y a sacar ciudades de la nada y a tejer telas con las cuales comprarían a los compiladores de genealogías: él era un sinólogo, tenía un cuerpo al que había que satisfacer, una mente con tentáculos adormecidos, y ojos con raíces, tal vez, como los de Virginia. Era muy poco lo que sabía de matemáticas, o de física, o de astronomía: estaba solo y estaba solo en la casa que había sido de un inglés muerto con un sapo en el bolsillo. Limpió la cocina, engrasó la escopeta, apagó las luces y se fue a dormir.

—Me dormí enseguida. Soñé con barcos cargados de naranjas, con precipicios, y conmigo mismo asomado a un balcón y mirándome desde abajo.

—A la mañana siguiente me llegué a verlo otra vez. No de puro comedido nomás, sino por ese temor molesto como moscones que tiene uno a veces. Es cierto que ya

le había advertido, pero ese hombre solo ahí, en esa casa inmensa, con una cerradura que podía forzar un manco aunque las persianas de fierro eran bien fuertes, entre tanto árbol negro y podrido, no me gustaba nada. Yo al inglés no lo conocí, pero se me había puesto que a este también lo íbamos a encontrar con una bala en la cabeza. Y después, que cada vez que han venido a acampar gitanos en el pueblo hemos tenido problemas, a veces algo más que un par de gallinas en una bolsa. Habré llegado como a eso de las nueve y me pareció que no había nadie. Anduve llamando y golpeando y al final me decidí a entrar. La puerta estaba sin llave y yo tenía razón, adentro no había nadie, de eso me aseguré bien. Hacía bastante frío, estaba todo bien limpio y ordenado, la máquina de escribir tenía la funda puesta, la cama estaba tendida, en la cocina no había restos de comida. Abrí todas las puertas y después me fui para arriba y también revisé todas las piezas. La del fondo, en el piso alto, estaba vacía y hacía un frío bárbaro allí a pesar de que entraba el sol por la ventana redonda. Ni entré, porque desde la puerta vi que ahí tampoco había nadie. Me quedé un ratito apoyado en el marco de la puerta: me dio como un mareo y me pareció que no iba a poder caminar y que la pared de enfrente, la de la ventana, retrocedía a una velocidad fantástica pero sin moverse de donde estaba. Un ataque de presión, pensé, pero pasó enseguida. Me di vuelta con cuidado, cerré la puerta otra vez como estaba, y vi que ya me sentía bien de nuevo. A lo mejor era que había subido la escalera demasiado rápido, uno ya no es joven. Pero estaba más tranquilo también, porque por lo menos era seguro que no lo habían asaltado. Salí afuera y estuve sentado un rato en el auto al sol.

Después enfilé para lo de Nardi que me dijo que sí, que lo había visto, que esa mañana muy temprano había llegado y le había comprado dos docenas de huevos y le había dicho que se iba a dejar los huevos en la casa y a buscar la escopeta a ver si cazaba algo. Me volví para el pueblo: un hombre con una escopeta ya es otra cosa.

El campo a esa hora, la escopeta bajo el brazo: si más tarde hubiera hablado con alguien de esos días, solamente habría podido referirse a un gran vacío blanco, algo como el negativo de una fotografía con poca exposición. Este no es un poema de Teo Kaner,

Al amanecer extrae agua fresca del Hsiang

y enciende la lumbre

con los bambúes del Ch'u.

La niebla se disipa, sale el sol

pero nadie se aproxima;

solo se oye el chirriar de los remos

entre los verdes cerros y el río.

Mirando a mi alrededor contemplo el horizonte

como si emergiese con la marea.

Por encima del precipicio

las nubes se persiguen sin motivo

a través del cielo,

sino de Lin-Tsun-Yüan, pero era exactamente eso, a diferencia del poema que él había escrito acerca de sus dificultades con Virginia, que seguiría siendo y no su obra, una parte del mosaico o una palabra que ha sido dicha. Sentía, en suma, que el juego de no ser nadie había sido enunciado como juego precisamente porque, como si el

convencimiento emergiese también con la marea, no lo era. Por eso el vacío y por eso, aunque nunca llegó hasta el campamento de los gitanos, esa noche se acostó con una de las muchachas de la tribu.

Lo que sobre todo iba a recordar, después, de ella, serían su olor, sus dientes y la pollera anaranjada. Confieso que pensé en el comisario, por qué no, tendido de espaldas, yo, y soñoliento. Había dos liebres desangrándose, una carta sin terminar, y yo repetidamente jugando otra vez a comenzar un juego. ¿Y si despertamos una sola vez para comprobar que la vasta soledad no es un sueño? Le pregunté cómo se llamaba, varias veces, pero no quiso decírmelo, y se fue mucho antes de que amaneciera. Hubiera querido sentarla frente a mí y hablarle, seriamente, con exactitud, como un catedrático a su atento discípulo, pero de cosas que ella no habría entendido, de cosas a las que nadie toca jamás en conversaciones y solo de tarde en tarde en silencios, porque pertenecen a las visiones terribles, a terrenos oscuros en medio de los cuales, solos pero más solos, nos preguntamos si no seremos los únicos monstruos, cada uno de nosotros, o quizá dioses a los que todo les está permitido, incluso trasponer los límites de la sangre, la omnipotente memoria colectiva albergada en una espiral ilegible y los impulsos que nos mantienen ingrátidos dentro de una humanidad dudosa y entonces, justamente allí, despreciable. Que no me entendiera hubiera sido parte de un placer deshonesto: la castidad que sueña con la lujuria. Dormí un poco después, molesto entre las sábanas en desorden, y terminé por levantarme. Bajé a la cocina y calenté agua para hacer café.

Decidió no volver a acostarse: una hora más y empezaría a amanecer. La segunda vez que entró en el dormitorio de atrás vacío, sabía lo que había detrás de las puertas dobles y apenas entró y sintió cómo se estiraba el espacio y cómo se estiraba él con el espacio en una diástole ubicua, abrió las manos y se dejó llevar por los remolinos de fuego frío. Trató de contar pero le fue imposible saber qué había después del uno porque el uno era él mismo y el universo también lo era y solo existía el uno; quiso sentir su pulso pero se había separado de la puerta con los brazos abiertos y ya no podía alcanzar una de sus muñecas con la otra mano. Entonces quiso recitar el enunciado de la paradoja de Langevin, el principio de Arquímedes, el alfabeto, una regla de ortografía, La Pagoda del Monasterio de la Gracia Benévola, y se vio obligado a abandonar todos sus pensamientos de hombre y a girar lentamente, la sangre casi inmóvil, más allá, al ritmo de fuga de las feroces galaxias, a la escala de condensación de las nubes de gases, de cara a las columnas magnéticas, a los túneles trabajados en la nada por los soles blancos, rodeado por explosiones silenciosas, mundo en gestación en la punta de cada uno de sus dedos, socavones, el espacio del espacio, a sus pies, donde ya no hay lugar para la locura. Hubo danzas de soles, colisiones y muertes y nuevos nacimientos y el único ruido era la luz de las estrellas que caía en millones de mundos sobre un hombre en cada uno, un escriba o un filósofo o un matemático o un poeta o un físico que escribía sordo y solo sin saber nada de los demás, un capítulo del *Ordenamiento de lo que es y canon de las apariencias*, leído en ese mismo instante bajo incontables formas por cientos de millones de otros hombres perple-

jos. A veces no, a veces, en el fondo de alguna mazmorra o a la puerta de un monumento funerario o en la sala de un museo o sobre una mesa de juegos o en medio de una sesión de gabinete, alguien llegaba a crear un significado a partir de las fórmulas o los apólogos, también del principio de Arquímedes y La Pagoda del Monasterio de la Gracia Benévola. Pero entonces, más allá de las espirales incandescentes en aparente reposo, el ventanal se agrió en la madrugada. Cantaron los violines, amanecía en mundos solidificados sobre desiertos, ciudades, torrentes, fuego, plasma, barro, burbujas, asambleas, archipiélagos, acero, caravanas, ejércitos, anfibios moribundos, hielo, autómatas, viento, lava y catedrales.

—Yo sabía que íbamos a tener problemas: el miércoles a las dos de la mañana se apareció en la comisaría una gitana vieja con dos tipos patibularios con los sombreros metidos hasta acá a denunciar que había desaparecido una chica hija de ella. El oficial casi se volvió loco con los gritos, todo para que al final vinieran a avisarle a la vieja, que estaba en medio de un ataque, que la chica no se había ahogado en el río y que no la había atropellado ningún auto y que acababa de volver al campamento. Ya sé yo en qué habrá andado, todas son lo mismo. Después de eso, sin embargo, marcharon bastante derecho, pero no me quedé del todo tranquilo hasta que no se fueron.

Se separó de un racimo de cuerpos de color ardiente sin nombre que latían como vejigas orgánicas y dolorosas, capullos cósmicos uno solo de los cuales alcanzaría a sobrevivir, la casa crujió bajo la niebla de la madrugada, y abrió la puerta.

Recobró en la antecámara el ritmo de su cuerpo.

Estimado Doctor Wen:

Estoy en deuda con usted, y lo peor es que no sé cómo disculparme. Contarle mis desplazamientos y mis indecisiones de estos últimos dos meses no serviría, me temo, para hacerme perdonar. Cuento con su generosidad de siempre con respecto a mi informalidad. Recibí su opúsculo sobre Wei Pa y las fotocopias del material, cosa que no hace más que aumentar mi culpa: no sé cómo me he atrevido a mencionarlo. Me he traído todo a mi nueva casa para releerlo. En realidad no es «mi» casa sino la casa de un personaje muy extraño, pero estoy viviendo en ella, lejos de la ciudad. Dejé la cátedra a cargo de mi adjunto y me tomé unas vacaciones indebidas. No he encontrado precisamente la tranquilidad de «las descollantes cumbres del T'ai-Hua», pero me he construido una soledad personal, y alterno la muerte de algún animalito comestible con el despanzurramiento de latas elegidas al azar en el pomposo almacén del pueblo, y el trabajo sobre textos con el aseo de una casa demasiado grande para mí. No he hecho nada importante. Quisiera poder decirle Estimado Doctor Wen: Una de las habitaciones de mi casa es el universo. O, Estimado Doctor Wen: Según he leído en un libro viejísimo que todavía no se ha escrito, el amor figura en la categoría de los pretextos moderados. No lo haré. Me parece más interesante volver sobre su trabajo: créame que me hubiera gustado asistir al curso. No pierdo las esperanzas de poder hacerlo el año que viene, o el otro. En cuanto

al hecho de que William Hunt no mencione a Wei Pa sino al pasar en su libro sobre Tu Fu, no me extraña demasiado. No crea que disminuyo el valor de la obra, pero siempre me pareció que Hunt se movía literalmente deslumbrado por su personaje, cosa que no puede reprochársele. No tengo todavía copias de mi último trabajo, por eso no se las he enviado. O se han demorado en mandármelas, o han llegado ya a mi departamento y el portero me las entregará a mi regreso. Le mandaré las tres que me pide en cuanto vuelva. Que será, seguro, dentro de otro mes. Pero después volveré acá en las vacaciones de verano: ya he arreglado las cosas con el administrador y he firmado un contrato por cinco años, cosa que a él le pareció inusitada, si no sospechosa. No ha habido durante años interesados en ocupar esta pobre casa, y lo que al principio le pareció una bendición le sueña ahora a extravagancia dudosa. De todas maneras, considero a la casa un poco mía, me siento inclinado a volver. Sé que usted olvidará, como siempre, mi largo silencio: esperaré sus noticias. Hasta pronto. Salude en mi nombre a Mme. Wen y a sus hijos. Muy cordialmente.

T. Kaner

«No hay hombre que no sea presa de una debilidad», se enfrentaba a veces, con las palabras de Po. No vio más a la muchacha de los gitanos. Pero volvía a Virginia, una y otra vez, cuando dejaba la casa por el departamento de la ciudad. Envejeció muy lentamente, escribió un libro sobre las nociones de poder y de humildad en las obras de

los poetas chinos de la dinastía T'ang (618-906). Ocupó la casa cada vez con mayor frecuencia y durante períodos más largos. Los sábados a la mañana se iba al pueblo en busca de provisiones y almorzaba en El Holandés con el comisario y el médico. A veces iba también el farmacéutico, sobre todo en verano, cuando los ataques de asma de su mujer se espaciaban y podía dejarla sola por algunas horas. Cuando se acostaba en la cama fría y cuando salía por las puertas dobles al espacio y la sangre parecía detenida y no era dueño de su cuerpo ni de sus pensamientos, sentía la ausencia de Virginia y el peso inmutable de esa ausencia que era imprescindible pero cuya importancia en el cuadro final era mucho menor de lo que a él solía parecerle. Cazaba liebres y perdices, escribía cartas al doctor Wen, y una mañana de verano se abstuvo, debido al dibujo bajo el sol, de aplastar con una piedra la cabeza de una víbora negra y roja, junto al camino. Los soles morían y las espirales de gas opaco se alejaban hacia lo que parecía el infinito.

Se cargaba de la eternidad y cuando amanecía en millones de mundos, también en el suyo, cuando caían las dinastías en las cabezas cortadas y cantaban los grillos y batallones se lanzaban al asalto y se fundían los glaciares y otra esfera roja se deslizaba por un túnel en el vacío y ciudades enteras se hundían en ríos de polvo, abría nuevamente las puertas dobles y entraba en la antecámara.